

LA TARDE

AÑO XXI

DE LORCA

N.º 5.449

FUNDADOR Y DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS : REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN : SÁBADO 2 MARZO 1929

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

LA VIDA MORAL DEL HOMBRE

LA PROPIA ESTIMACIÓN

Al desarrollarse en la juventud el valor, nace en el hombre simultáneamente el aprecio de sí mismo. Motivos autopsicológicos, le obligan, por razón de su conciencia, a reflexionar sobre los cambios de su estado presente con los de su niñez, y de la comparación íntima que realiza, brota en seguida el aprecio de sí mismo, de su entidad moral, sintiendo hondamente satisfacciones de su propio valer. El cultivo de tal convicción, le coloca en el plano del sentimiento de dignidad, y por este sentimiento, desdén y rechaza todo acto que tienda a rebajarle moral o espiritualmente; en cambio, estima de un modo contrario a toda prudencia cuanto pueda contribuir a su exaltación y enaltecimiento.

La juventud, por anhelo natural de sus años, apetece que se le atienda que se la considere, que se le haga caso. En su visión espiritual reflexiva, si alguna emotividad brota de su alma la considera como una concepción valiosísima que merece múltiples elogios; por lo que le complace se lo reconozcan y sienten en gran manera verse menospreciado, en el caso apuesto. A causa de esta presunción, se ve obligado a ocuparse, con harta frecuencia, de sí mismo; a interesarse con todo lo que atañe a su personalidad; a explicar lo que piensa, lo que siente y lo que hace; a exponer los planes que le animan, las particularidades de su carácter y su vida toda.

El «yo» es la característica que preside, no sólo su vida intelectual, sino también la moral, y de sus labios brota pujante siempre el mismo «yo» como eterna cantinela de un profundo sentimiento.

—«Cuando por vez primera dice Combe, retratando el amor propio de un escritor—, «yo» me aventuré a tomar el título de autor, «yo» tomé la resolución de no dejarme envolver en ninguna controversia para sostener «mis» opiniones y dejarlas defender por su propia evidencia.»

Y el «yo» es el predominio de la personalidad, es el que determina la estimación del propio valer, el sentimiento de la «propia estimación».

¿Pero es que—preguntamos—la «propia estimación» del individuo, moralmente, es algún sentimiento

vituperable? No; «la propia estimación» es un sentimiento muy virtuoso cuando toda su fuerza efectiva tiende al seguro dignatario de la persona; es el que nos da la dignidad, el valer, el respeto moral; es el que nos hace superiores y nos coloca en plano diferente a la vulgaridad; es el que nos da la independencia como sentimiento.

Si desaparece de nosotros «la propia estimación» ya no queda en nosotros nada que la supere, porque sin ella habremos descendido en la consideración de nuestros semejantes hasta igualarnos con ellos.

Pero «la propia estimación» tiene un límite, pasado el cual, alecciona al individuo a hundirse en el tempestuoso piélago del orgullo. «La propia estimación» llevada fuera de su órbita, no es ya la satisfacción y aprecio de sí mismo, sino ese amor propio tan reconcentrado y en tal exageración, que nos hace mirar con desprecio y desdén cuanto no afecta o es producto de nuestra personalidad, y que nos empuja instintivamente a juzgarlo todo inferior a nosotros. Juicios, raciocinios, acciones morales... Si no son obra nuestra, para nosotros han perdido toda su emotividad, todo su valor, todo su interés.

Pero desarrollándose el orgullo, penetramos en la presunción, vicios que hacen nuestro carácter repulsivo y, poco a poco, nos conducen a la vida de las más desenfrenadas pasiones y de las tonterías más inconscientes y versátiles.

Cuando el individuo se encuentra en este estado, se cree hallarse con todas las facultades intelectuales y morales, en tal plenitud, que nadie le supera; pero en realidad, no es más que un niño un poco más aventajado, si se quiere. Niño aventajado, cuya ventaja le da valor presuntuoso para juzgar de cuentos de viejas, ideas de antaño, retrogradismos, todo cuanto se les presenta con un color de circunspección y prudencia.

Y a esta situación, por lo general, arrastramos a la juventud, cuando se le abandona a sus propias fuerzas.

PASCUAL PALMI.

PLUMAZOS

NUESTRO TIEMPO

¿Ustedes han leído las mil y pico de noches? Pues ríanse de todos los cuentos orientales escritos y por escribir, después del que nos transmiten los yanquis desde su tierra.

Es de los que dejan a cualquiera patidifuso y con ganas de pedir socorro.

Yo después de pensarlo, la verdad, creo que hay mucho en la noticia de pitorreo.

Pero en fin, ustedes verán: La noticia es como sigue.

«En Nueva-York ha caído una gran nevada. El Ayuntamiento se ha gastado en limpiar las calles para el tráfico mecánico, «dieciséis millones doscientas cincuenta mil pesetas.»

Aun cuando de su riqueza el yanqui siempre alardea... si no es tomarnos el pelo que venga Dios y lo vea.

Los sevillanos que son tan ocurrenciosos y tan «grasiosos», han pensado rendir un homenaje a la capá española.

Consistirá la fiesta en reunirse esta noche a las diez en la Plaza de San Fernando, todos los sevillanos que usen pañosa, para marchar a la Alameda de Hércules, y ante los Hércules que dan nombre a la alameda pronunciarán varios discursos.

Y ya estoy viendo a los Hércules la ocurrencia celebrando, dándose tres patatas y un fandanguillo cantando.

Otra ocurrencia graciosísima de otro sevillano.

Romper los cristales de varias ventanas y prender fuego a los visillos de las mismas.

Detenido el graciosísimo andaluz, dijo ante el inspector de policía, que había roto los cristales para llamar la atención de una joven y había prendido fuego a los visillos para significarle la llama de su amor.

La ocurrencia es tan graciosa que hay para pelear el seso y darle una de estacazos hasta romperle los huesos.

PILI.

Lea LA TARDE DE LORCA

¿Quiere usted comprar barato?

visite la conocida y acreditadísima

ZAPATERIA VALENCIANA

y encontrará en ella lo más estupendo en calzado para caballeros, señoras y niños a precios completamente económicos.

Artículos de primera calidad fabricados exclusivamente para esta casa a precios sin competencia

Siempre las últimas novedades

ZORRILLA 1 - LORCA

Invocación de la antigüedad

No se invoca hoy la antigüedad como en los tiempos del Renacimiento, cuando a las viejas civilizaciones mediterráneas se les pedían, para restaurarlos o renovarlos, los gloriosos modelos clásicos lo mismo en las artes que en las letras. Hoy a la antigüedad se le piden las viejas fórmulas políticas. Se invoca a Esparta para recoger de ella el espíritu guerrero y el sentido antidemocrático con el fervor admirativo con que lo ha hecho un Lamprecht. A la Roma antigua se le demanda como hace Corradini, la fórmula del cesarismo político, sin ver que éste floreció en la época de la decadencia, como ha proclamado Ferrero.

No es de ahora la moda. Cierto. Ya va para un siglo que Chateaubriand recorriendo Grecia sentía la obsesión de Esparta. Al llegar a la llanura de Lacedemonia, cerca del Taygeto cubierto de nieve que, como Otelo celoso espía el sueño de su Desdémona, parece vigilar aún el sitio donde fué Esparta, Chateaubriand, como si quisiera despertar la sombra del héroe, gritaba: «¡Leónidas! ¡Leónidas!» Pero, luego, como si todo aquel frenético entusiasmo se desvaneciera, como si todo el pasado debiera borrarse porque nada dejó que fuera definitivo y digno de que la posteridad lo recordara, el mismo Chateaubriand, con un dejo de melancolía ante aquellas ruinas sobre las cuales pastaban los ganados, escribe, como en un responso fúnebre: «¡Y la misma Esparta parece haber olvidado su nombre!»

Pero he aquí que, muy largos años más tarde, Barrés hace también el viaje a Esparta. Y el ilustre escritor francés prescinde del aspecto del montón de escombros, invoca el espíritu de la antigua ciudad guerrera, con su culto de la fuerza, con su política oligárquica, con sus leyes bárbaras, donde el individuo es nada y el Estado lo es todo. De ahí tomó Barrés los principios de su nacionalismo a ultranza.

Pero, ¿no era el buen camino? ¿Esa era la Grecia que había que invocar, como se está invocando también hoy día? No es ese el espíritu de la antigüedad que invocaron y del cual se nutrieron, otros gran-

des hombres; eso sí, verdaderamente geniales.

Goethe, teutón, en quien por razón de raza y de nacionalidad, y en cierto modo de época, llevaba infiltrado en el espíritu el medioevalismo germánico, al llegar a Italia, y conocer de cerca la huella inmortal del Renacimiento, empapándose su espíritu de aquel espíritu, tiene como la revelación de un nuevo mundo. Y él se convierte en un heleno de los nuevos tiempos. A esa revelación, ¿no debe Goethe el haber encontrado su camino? Fue como, en lo religioso, el camino de Damasco para San Pablo, que le reveló toda la grandeza del cristianismo. Así, a Goethe se le reveló toda la magnificencia por lo ideal impercedera de la civilización helénica y del arte clásico.

Igual Bord Lyron. Fué un enamorado de la Grecia, de la Grecia de la vieja Atenas y no de la antigua Esparta. Y por esa idea de la vieja Grecia luchó él más que por la mera aspiración de la independencia nacional griega. Y él quiso darle sin duda esa significación. Cuando Byron hacía maniobrar los artilleros, que él pagaba, presentábase con la vestidura de los héroes de Homero: el casco con la cimera roja, la coraza de malla, la espada corta. Acaso una extravagante fantasía de poeta. Pero, Moradi, que le conoció pasando revista a sus tropas en esa guisa, decía que «parecíase a Aquiles». Como un héroe antiguo, Byron quería morir por el viejo ideal helénico, sobre el campo de batalla. No tuvo esa suerte, ya que murió en Missolonghi, en la cama, rodeado de personas desconocidas, sin tener junto a él una sola a quien amara.

Años más tarde, también Renán hacia la peregrinación espiritual a Atenas y dejaba como invocación de la antigüedad aquella magnífica, grandilocuente e insuperable página que es la «Oración de la Acrópolis».

Los mismos investigadores, los que apartándose de los historiadores que buscan los hechos escuetos y en ellos el origen de las grandezas pasadas y de los pretéritos poderíos, exhumando guerras, ponderando conquistas, para exaltar el ejercicio de la fuerza y del dominio, y destacar héroes ofreciéndolos como modelos, buceando en la antigüedad, para señalar otras virtudes que no son precisamente las heroicas.

Citemos al caso, por ejemplo, lo que escribe en «La cité antique», Fustel de Coulanges:

«Parecerá acaso bien extraño contar el amor al hogar entre las virtudes; pero lo era entre los antiguos. Ese sentimiento era profundo y poderoso en sus almas. Ved a Angnises que, contemplando Troya en la»

DOCTOR ANTONIO ROS

Oculista

EX-AYUDANTE DEL DOCTOR POYALES

EX-MEDICO AGREGADO DE LOS HOSPITALES DE

SAN JOSE Y SANTA ADELA Y DEL NIÑO JESUS, DE MADRID

EX PENSIONADO EN LA INDIA Y EN EGIPTO.

CONSULTA DE 11 A 2

SAGASTA, 13

CARTAGENA